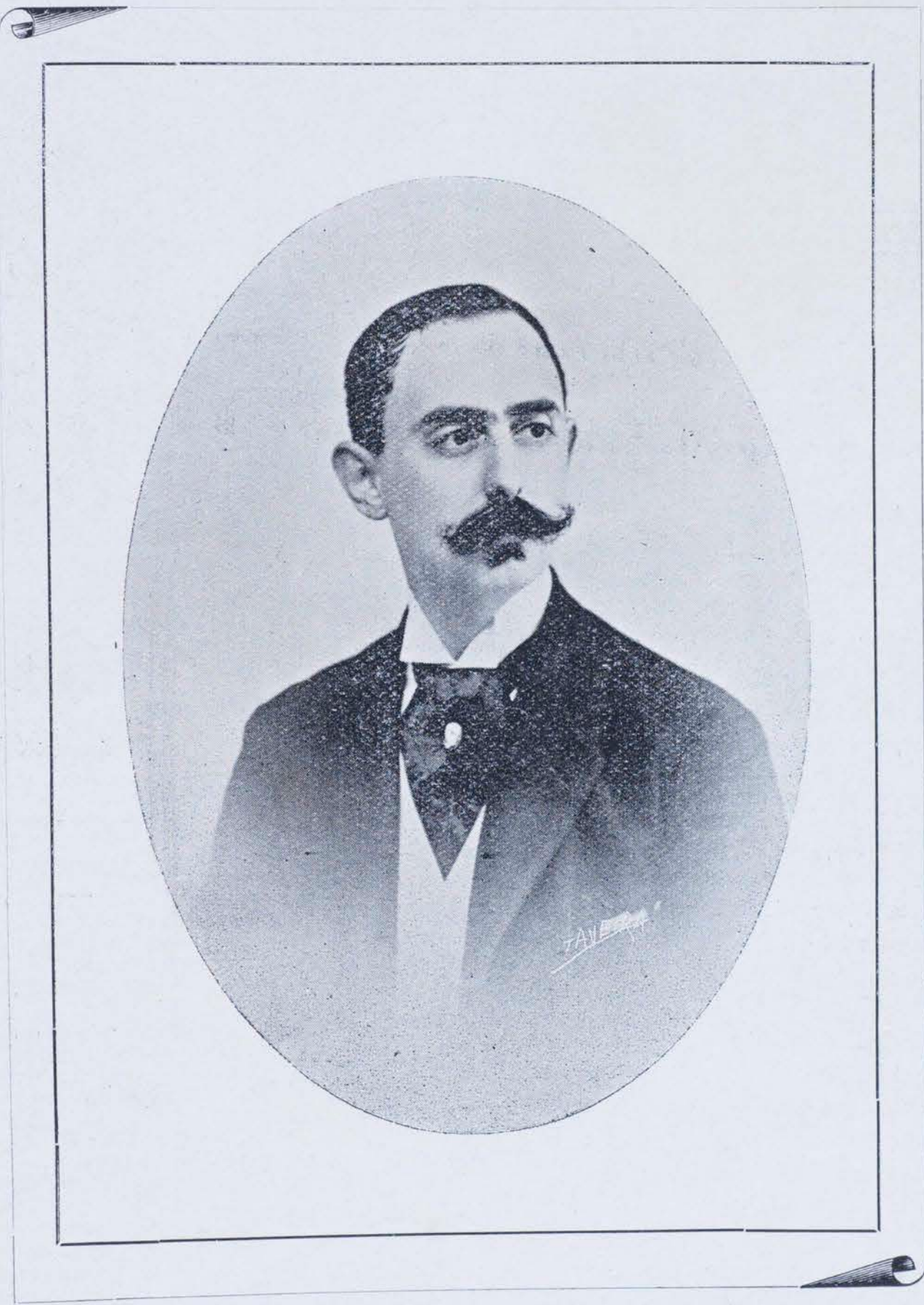


EL FIGARO

Periódico literario y artístico



DR. CARLOS FONT Y STERLING
PRESIDENTE DE "LA CARIDAD" DEL CERRO



Sumario.
Texto.—Programa.—Ofrenda.—A una amiga curiosa soneto, por Enrique J. Varona.—Poesías.—Día de gala, por el Conde Kostia.—Moléculas, por J. B. Ubago.—A Rosario Vidaurreta, poesía, por A. Vidaurreta y Alvarez.—Tradición guinera, por Raimundo Cabrera.—Srta. Elena Herrera, poesía, por Manuel S. Pichardo.—Srta. Estela Broch, por Enrique Fontanills.—A Elsa, por Julio Nombela.—Sra. Carmen Vander Gucht de San Pedro, por An-
 tonio Del Monte.—Mi Tierra: La muñeca del Viernes Santo, por Fray Candil.—Nulla fias.—Crónica, por Raoul Cay.—El monasterio de piedra, por Taveira.—Srta. Elena Herrera y Antonio Pulido, por Taveira.—Srta. Estela Broch, por Lux Eug Co.—Sra. Garmen Vander Gucht de San Pedro, por Man-
Gra-bados.—Dr. Carlos Font y Sterling.—D. Antonio Ariza.—Duo de "los para-
 guas," Elena Herrera y Antonio Pulido.—Srta. Elena Herrera, por Taveira.—Srta. Estela Broch, por Lux Eug Co.—Sra. Garmen Vander Gucht de San Pedro, por Man-
 rique.—Sr. Martín Solar, en *Sur le Pont de la Concorde*.—Sr. Solar, en *Les Gardes Mu-
 nicipaux*.—Antonio Pulido.—Coro de señoritas de "La Caridad," por Taveira.—Lasker
 Steinitz.—Portada, por Amata.—Títulos, viñetas y adornos, por Taveira, Spencer y
 Manrique (dibujos de Henares y Barrio.)

Programa

DE LA VELADA BENÉFICA QUE HA ORGANIZADO CON LOS VALIOSOS ELE-
 MENTOS DE "LA CARIDAD" DEL CERRO, LA DISTINGUIDA SEÑORITA
 ELENA DE HERRERA, Y QUE SE VERIFICARÁ EN LOS SALONES DE
 AQUÉLLA, LA NOCHE DEL 7 DE ABRIL DE 1894.

PRIMERA PARTE

- 1º—Mosáico de la ópera **Mignon**, por la orquesta, Ambroise Thomas.
- 2º—**Concierto en Sol menor**, por la Srt^a Estela Broch, acom-
 pañada al piano por el Sr. Hubert de Blanck, Mendelssohn.
- 3º—**Chansonnets á Nos Danseuses, Les Gardes Mu-
 nicipaux**, L'Huiller, Sr. Martín Solar, P. Courtois.
- 4º—Vals de **Dinorah**, Meyerbeer, Sra. Vander Gucht de San
 Pedro.
- 5º—**Sur le Pont de la Concorde**, Tagliafico, duo en fran-
 cés, por la señorita Elena Herrera y el Sr. Martín Solar.
- 6º—Septimino del **Babbeo e l' intrigante**, por la Srta. Elena
 Herrera y los Sres. Solar, Sureda, Carrillo, Fabián, Pulido y
 Cisneros.

SEGUNDA PARTE

- 1º—Mosáico de la ópera **Los Hugonotes**, por la orquesta,
 Meyerbeer.
- 2º—**Elixir d' amore**, Donizetti.
 Duo: **Adma**, Sra. Vander Gucht de San Pedro.
Dottor Dulcamara, Sr. Martín Solar.
- 3º—Monólogo.
- 4º—Cavatina de tenor de la ópera **Fausto**, Gounod.
Salve di mora, por el Sr. Buzzi.
- 5º—Duo de **Los Paraguas**, Chueca y Valverde, por la se-
 ñorita Herrera y el Sr. Antonio Pulido.
- 6º—**Voga, voga, marinero**, Campana, por las Sritas. Ele-
 na Herrera; María y Fita Triana; Elena Hámel; María Murias;
 Henriette y Loló Valdés Fauly; Rosa Blanca Cortina; Consuelo
 Sánchez Mármol; María y Leonor Carrillo; Enriqueta del Peso;
 Leonor Pérez de la Riva; Herminia Agramonte; Lily Casuso;
 Rosa, María Teresa y Angélica Cova; América y Colombina Ro-
 mero; Mercedes de Armas; Lizzie Kohly; Asunción y Carmen
 Buitrago; María Adam; Luisa, María y Margot Otero; Amalia,
 Niní y Lola Pola; María, Julia y Lola Gálvez; Carmen Secades;
 Blanca Rach; Belica Smidt; Petite Forcade; Amelia Solberg; Lui-
 sa Labarga y la Sra. Carmen Vander Gucht.

Nota.—La orquesta será dirigida por los Sres. Hubert de Blanck
 y Carlos Ankermann.

Empezará á las ocho y media en punto.

Habrán carros á la conclusión del concierto.

El sábado 14, gran baile de socios.

Ofrenda

EL FÍGARO ha deseado dejar en su colección un número bri-
 llante, dedicando el presente á la espléndida fiesta que
 se verificará hoy en los salones de "La Caridad" del Cerro.

De este modo contribuimos, en la medida de nuestras fuer-
 zas, al éxito de la hermosa velada y á que no se olvide mañana
 el concurso generoso de los que tan brillantemente la realizan.

Además de los retratos (1) de las distinguidas damas y caba-
 lleros que con sus talentos dan timbre á la fiesta, tenemos el gus-
 to de publicar los del Presidente, Director y Secretario de "La
 Caridad," para enaltecer en ellos las glorias del instituto que re-
 presentan, y rendir á éste la ofrenda más entusiasta de nuestra
 simpatía y consideración.



Sr. D. Joaquín Ariza
 DIRECTOR DE "LA CARIDAD" DEL CERRO.

A UNA AMIGA CURIOSA

Comprendo que con ansia de saber,
 O por curioso espíritu sutil,
 De hosco volcán, que no enguinalda abril
 Quieras el hondo cráter entrever.

O que eleves tu afán de conocer
 El astro muerto, pálido pensil,
 Que no refresca nunca aura gentil,
 Ni tiñe de la aurora el rosicler.

Yermos glaciales, si en su busca vas,
 Regiones de pavor, aquí y allí
 Con triste profusión encontrarás.

Mas si hay piedad—y sé que la hay—en tí,
 No pretendas, amiga, ver jamás
 El alma desolada que habla aquí.

Abril, 94.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

POESÍAS

Ya está en prensa y en breve quedará terminada, la edición del
 primer tomo de las obras completas del ilustre poeta fallecido,
 D. Eugenio Sánchez de Fuentes.

Forman éste, sus poesías líricas divididas en dos partes: *Prelu-
 dios y Ecos de las Antillas*.

La obra, cuidadosamente impresa en la casa de los señores
 Ruíz y Hno., llevará una biografía del Dr. Vidal Morales, un
 prólogo del Sr. Montoro y otro del autor, el retrato de éste é
 interesantes notas, por los hijos del inolvidable literato.

(1) Por no haberse podido obtener á tiempo las fotografías, se notará la omisión de al-
 guño, como el del Sr. Hubert de Blanck.

DIA DE GALA

DUO DE "LOS PARAGUAS"

Mejor dicho: noche, de esas que siempre dejan un recuerdo inolvidable. Si de todas las fiestas que celebra "La Caridad" del Cerro se puede decir lo mismo ¿cómo no acentuar la afirmación al señalar el excepcional programa que se cumplirá el 7 de Abril de 1894?

Programa tan esquisito como raro y que solo "La Caridad" podía lograr combinarlo. Su prestigio, hecho de adoraciones de todas las almas y de respetos de todas las inteligencias, ha decidido á las más bellas entre las más ilustres de la Habana á apartar un poco los velos de delicada modestia en que se envuelven y á ser protagonistas—porque todas lo son en la fiesta de hoy—en una manifestación de delicioso arte, llevada á cabo en obsequio de la caridad—divisa y lema de "La Caridad" del Cerro.

Y no sólo ellas; también ellos. Jóvenes y ex-jóvenes, los adolescentes de ayer y los viejos de mañana han fraternizado en honor y beneficio de la patriótica Sociedad. Abnegación tanto más meritoria cuanto que la mayor parte de ellas no han afrontado nunca el fuego de la *batería*, peor á veces que el de la *batería* de campaña. Mi querido y respetable amigo, el grueso Martín Solar, presta su concurso á la fiesta. El será el Jules Jouy de la *serata*. Habla el francés como Volny y tiene sobre éste una ventaja: que no cobra. La verdadera grandeza del artista.

La fiesta ha sido organizada—se ha dicho tantas veces, que es bueno repetirlo—por la señorita Elena Herrera, la niña-flor á quien da realce sin igual la triple diadema de la belleza, la gracia y la elegancia. Aristocrática *jusqu'au bout des ongles*—para hablar como Martín Solar—y un alma de artista en medio de la frivolidad contemporánea.

A su lado, Estela Broch, bajo cuyos dedos el piano deja de ser la infame vulgaridad de palisandro y marfil para ser adorable como un arpa y armonioso como una lira. Estela brilla como una *estrella* en el sacro firmamento de la estética musical cubana. Su triunfo de esta noche será consagrado por el aplauso entusiasta de todos.

Y en torno de ellas, el grupo de las adorables que son la belleza esplendorosa de Cuba. El espectáculo de éstas en un salón, aun sin el atractivo del espectáculo de la escena, es lo bastante para hacer de la *soirée* de "La Caridad" la *soirée* de 1894.

"La Caridad" ha merecido siempre nuestros plácemes, nuestra admiración y nuestra ardiente simpatía. Plácemes, admiración y



ELENA HERRERA

ANTONIO PULIDO

simpatía que el deseo de un éxito espléndido hace revivir como flores cuando abril se digna sonreírlas.

Ah! sí. "La Caridad," *for ever!*....

CONDE KOSTIA.

MOLECULAS

Que me quieres dijiste
y no creo, mi bien, en tal rareza;
porque tú no estás triste,
y el amor nace y crece en la tristeza.

Quiero verte sufrir, quiero que llores,
pero no es por maldad, amada mía:
es que sé que en amores
vive más el dolor que la alegría.

Todo se ha doblegado á tu deseo
y en mentir, por lo tanto, no eres diestra.
Aunque digas que sufres, no te creo;
porque eso no se dice: ¡se demuestra!

Al sentir tus miradas cariñosas,
se me ocurren mil cosas atrevidas;
pero no te las digo: ciertas cosas
valen más ignoradas que sabidas.

Con el amor la vida es un engaño;
sin él se vive más y con más fruto;
que es un minuto sin amor, un año,
y un año con amor es un minuto.



Abril, 1894.

JUAN B. UBAGO.

A MI PRIMA ROSARIO VIDAURRETA

(EN SU ALBUM)

Bella Rosario, tu plectro de oro,
grato y sentido, tierno y sonoro,
mueve las fibras del corazón,
y es fresco el trino de tu garganta,
como el de alondra que fácil canta
sobre las ramas, al nuevo sol.

Bélico blando, junto á su orilla,
meció tu cuna casta y sencilla,
besando alegres flores por tí;
y para encanto de otras riberas,
quiso el destino que luego fueras
del *Guadalquivir* ninfa gentil.

Después, *Apolo* rozó tus sienes
á par que *Euterpe*, pródiga en bienes,
de acordes dulces te dió un raudal;
y con tus ritmos tiernos y alzados,
se estremecieron, regocijados,
el *Manzanarez* y el *Llobregat*.

Villaclara, 94.

En pos de goces y de impresiones,
y de venturas y de ilusiones,
al *Nuevo Mundo* volviste tú;
y á tanto anhelo, la mar bravía
te abrió en tranquila soberanía
todo lo hermoso, todo lo azul.

Por eso en horas de amor ufanas,
cruzas las pampas americanas,
entre ovaciones de ardor febril,
mientras, en giros de amante brisa,
tu canto aplauden de poetisa,
tu acento ensalzan de airosa actriz.

Y hoy que en la orilla del patrio río
vibran tus notas en el vacío,
cual los alisios en el vergel,
deja que el vate que canta y siente,
nimbos de perlas ponga en tu frente
y haces de flores ponga á tus piés.

A. VIDAURRETA Y ALVAREZ.

Tradición güinera

A Nicolás Azoárate



HABÍA entre los antiguos vecinos de la villa del Mayabeque la costumbre de visitar los ingenios cercanos durante el período de la zafra. Se organizaban alegres caravanas; jóvenes de ambos sexos, ancianos y niños, en número considerable, caían como avalancha en el batay de las fincas y entre risas y algazara acometían á la pila de cañas, librando buena cantidad de las mazas del trapiche; invadían la casa de calderas para beber en güiros el guarapo caliente, arrancaban del pilón pedazos de sabrosa raspadura y á la caída de la noche, ó á la luz de la luna, regresaban á la población,—á pie—atronando el espacio con gritos, carcajadas y canciones entonadas en coro.

El administrador los recibía y despedía siempre con agrado: para el dueño de aquellas haciendas dotadas con doscientos ó trescientos negros ¿qué importaban tales despilfarros?...

La guerra, la abolición de la esclavitud, el nuevo sistema fabril é industrial de los ingenios, divididos hoy en colonias cultivadas por braceros libres, ó el cambio general que en menos de treinta años se ha operado en las costumbres campesinas, no han dejado vestigios de las alegres giras que eran tan frecuentes en la época de mi niñez.

Era yo colegial y disfrutaba con delicia de los placeres de la vacación, cuando asistí al último paseo de esa especie de que hago memoria.

Tomaba parte en él, ó mejor dicho, lo presidía descollando por sus atractivos personales y su amena conversación, Anselmo Suárez y Romero.—Nos dirigíamos al ingenio *Alejandro*, distante una media legua del poblado, que por su proximidad y por la proverbial hospitalidad de sus propietarios,—los Mora,—era el más generalmente invadido por los paseantes.

Á la orilla del camino se elevaba altísima palma en cuyo tronco—á la altura de poco más de dos metros—se observaban cierto número de grietas rectas, paralelas ó cruzadas entre sí, como si hubiesen sido hechas con una hoja de cortante acero. Los bordes oscuros y endurecidos revelaban que el tiempo y el crecimiento de la planta no habían podido borrar aquellas líneas trazadas con golpe vigoroso sobre la corteza.

—¿Conocen ustedes la historia de ese árbol?, preguntó Anselmo Suárez, atrayendo sobre él

la atención general.—Y en seguida nos agrupamos para oír en silencio el relato.

—Hace muchos años, dijo, vivía en estas cercanías un *siti-ro* llamado D. Pablo. Laborioso, honrado y bueno, no había cometido más falta en el mundo que la que yo he cometido; no casarse. Pero, ocurrió que en uno de los sitios colindantes murieron, casi al mismo tiempo, un marido y su mujer, dejando huérfano y falto de toda clase de apoyo y de parientes á un chiquello de cinco años.

D. Pablo, ejerciendo la caridad sencilla del campesino, que no busca recompensa en la publicidad, sino en el mudo aplauso de los corazones buenos, recogió al chiquillo, lo prohibió, cifró en él todos sus cuidados y afecciones y el muchacho creció á su lado rozagante y buen mozo, respetuoso y cumplido, dando á su benefactor el título de *taita*.

Si el viejo era conocido por su dedicación al trabajo y su probidad, el mancebo no lo era menos, pero no había en la comarca *guajiro* más apuesto, quien tuviese un potro más retozón y veloz que el suyo, mejores *arreos* de plata, ni otro que *puntease* el tiple é improvisase décimas criollas con más gracia.

No sé cómo ni porqué, pues la tradición no lo explica, vino á establecerse en una de las *estancias* de las inmediaciones, una viuda hermosa y morena, que puso con su donaire y sus zalamerías en conmoción á todos los labradores, solteros, viudos... y casados, en seis leguas á la redonda.

D. Pablo no fué el menos tocado por la flecha del Dios ciego. El buen solterón pagó todas sus culpas ante aquella deidad á quien, naturalmente, no habían de atraer las seducciones del viejo. Por el contrario, la viuda fijó sus ojos y extremó sus coqueterías con el muchacho, aprisionándolo entre sus redes tentadoras.

¿Cómo no habían de impresionarla los ojos brillantes del apuesto guajiro, su arrogante actitud sobre el caballo, su gracia y agilidad en el zapateo, las notas armoniosas de su tiple y las *tonadas* de sus amorosas improvisaciones? Ni ¿cómo el inexperto joven podría sustraerse á los atractivos de sirena de una mujer de treinta años, de talle y seno robustos, en toda la plenitud de la belleza femenil?

Ocultaba el mozo estas relaciones temeroso de amargar la vejez de su buen *taita*. Sostenía su corazón la lucha cruel de los dos sentimientos que le dominaban: el de la gratitud filial y el del amor, que se sobrepone á todo.

Cruzaba una noche este camino en dirección á la casa de la viuda, ganoso de no faltar á una de sus citas clandestinas, cuando, surgiendo inopinadamente



Señorita Elena Herrera

Así, cual apareces á mi vista,
Entre celaje vaporoso envuelta,
Con tu faz que semeja un cielo blanco
Traspasado de luz por dos estrellas,
Te soñaron los bardos gemebundos
Del brumoso país de las leyendas,
Donde no hay una virgen sin amores,
Ni paisaje romántico sin nieblas.
Yo ví las hadas de los viejos cuentos
Pasar con su fantástica belleza;
Pero al quererlas detener, huyeron
Sin dejar en mis manos una huella.
Tú no pasas, tú alientas, tú eres vida;
De imposible ideal, el hada cierta,
Delirio ensoñador de lo increado
Y realidad hermosa de la tierra.
Podrías ser lo mismo un busto griego
Que un asirio perfil ó un ciclo persa;

Abril, 94.

De un idilio la cándida heroína,
O la diosa triunfal de una epopeya,
Y cabes en las músicas del himno
Como en los dulces aires de la endecha.
Dime: ¿no fuiste de pasados tiempos
La Blanca, ó la Leonor, la misma Elena?
Responde: ¿tú no has sido en otro mundo
Maga, ó querub, ó serafín? Recuerda...
Tu vista es bien y mal: dejas al paso
Ilusiones de amor y almas enfermas;
Nace por tí la dicha dulcemente,
Como aura fugitiva que refresca,
Y, á la vez, en los pechos que aprisionas
Elevas la pasión á la tormenta.
No hay paz si llegas, ni placer si faltas;
Como sin sol no hay luz, sin tí no hay fiesta;
Fueras rosa en la corte de los prados;
En la corte en que vives, eres reina.

Confúndese en tu ser el ritmo tierno
Del suspiro, del pájaro y la cuerda.
Si hablas, la alondra trina sus pesares;
Si cantas, es que el ruiseñor gorjea.
Al ver el cielo que en tus ojos cuaja,
El sol que en tus cabellos se entremezcla
Y el zumo de las flores de tus labios,
Como savia de púrpura que quema,
—¡Es ella!—exclaman los que amar ansían,
Los que sin conocerte, por tí sueñan...
Cansado yo del mundanal halago
Y la mentira, voy tras la belleza:
En tí la encuentro y á tus piés me postro,
Y hallo las formas de una dicha nueva
Al contemplarte así, cual apareces,
Entre celaje vaporoso envuelta,
Con tu faz que semeja un cielo blanco
Traspasado de luz por dos estrellas.

MANUEL S. PICHARDO.

de entre las cercas de piñón y el ramaje, se le interpuso D. Pablo. —¡Defiéndete!—dijo el viejo tirando con furia de su machete.

El mancebo no respondió una palabra; se recostó sobre esa palma; se cruzó de brazos en la actitud del niño sumiso y obediente que recibe una reprensión de su padre y sufrió en esa posición los golpes que sin piedad le asestó el anciano cegado por los celos y la rabia.

La punta del machete, mal dirigido, se clavaba en la dura corteza y dejó esas huellas que el tiempo no ha podido borrar, pero, que el crecimiento del árbol ha elevado á una altura superior á la de un hombre.

Desangrado y desfallecido cayó al suelo, el pobre joven y don Pablo, creyéndole muerto, se alejó maldiciéndolo, y desapareció para siempre de estos lugares.

En la mañana siguiente, los caminantes encontraron tendido al pié de la palma, acribillado el cuerpo de machetazos, al infeliz muchacho que sobrevivió dos días, y que pudo referir como había sido asaltado.—Pero, cuando *la Justicia* y sus amigos le preguntaron quién lo hirió respondió obstinadamente:—“Mi desgracia!”

Murió llevándose al sepulcro el nombre de su rival y sin que el agravio del asesino borrara en su noble corazón el sentimiento de la gratitud al benefactor. No pudo sacrificarle el amor de una mujer, pero, supo darle la vida que le debía; esto es, todo.

Al terminar Anselmo su narración, la caravana siguió rumbo al ingenio silenciosa é impresionada tristemente. Pero, al llegar al batey, la risa reapareció en todos los labios; al rededor de la *pila de caña* cundió la animación entre los paseantes y se borró el recuerdo del infortunado mancebo sacrificado por los celos de un viejo.

Ya no está la palma herida en el camino del *Alejandro*; al cabo de veinte y cinco años he visto con tristeza que el tiempo, ó la tormenta, ó el hacha del labrador, han derribado aquel monumento mudo, más significativo que el mármol ó el bronce, porque creció elevando, como por un simbolismo elocuente de la naturaleza, aquellas huellas trazadas en el tronco por el machete asesino y que recordaban como se dejó matar, sin defenderse y sin acusar más que á su destino, un joven generoso, víctima de una pasión avasalladora y del más santo y leal de los afectos: la gratitud.

Abril, 94.

RAIMUNDO CABRERA.

A ELSA

Tu madre es la hermosa flor
de la región tropical,
rica en aroma y color;
y tú el fruto de su amor,
rica en luz intelectual.

JULIO NOMBELA.

Madrid, 4 de marzo de 1894.

CARMEN VANDER-GUCHT DE SAN PEDRO.



Me han concedido el honor de colocar mi humilde aplauso junto al retrato de la distinguida y bella señora Carmen Vander-Gucht de San Pedro, notable cantante que figura en lugar principalísimo en la fiesta de *La Caridad*.

Reunir á los encantos de la hermosura, de la distinción y de la elegancia, los prestigios de la artista, es envidiable don que pocas mujeres poseen, y que de lleno se ha apropiado la señora Vander-Gucht de San Pedro.

Aquí sería extemporáneo el analizar aquellas facultades que le han valido incontables lauros. Aquí no cabe más que aplaudir el concurso brillante que la artista y la señora presta á *La Caridad*.

ANTONIO DEL MONTE.

Su silueta es lo que la silueta de un ángel: difícil de trazar por una pluma fatigada de escribir las diarias frivolidades del periodismo.

Es joven y bella, graciosa y espiritual. Y sobre todos esos encantos, flotando como un girón de nubes azules en un cielo sonrosado, reúne la señorita Broch sus privilegiadas cualidades artísticas, su nombre hermoso y envidiable de pianista fascinadora.

Su concurso en la fiesta de *La Caridad* es la nota de oro de un programa adorable.

Si en nuestro mundo musical el nombre de la señorita Estela Broch se cita entre las elegidas, su paso por los salones de nuestra distinción, cultura y elegancia deja siempre —como una flor entre las ondas de un lago— estelas de perfume.

ENRIQUE FONTANILLS.

SEÑORITA ESTELA BROCH

SOBRE “LEONELA”

De *La Ilustración Española y Americana* reproducimos con suma complacencia el diálogo crítico que firma el notable escritor don José Fernández Bregon, en que hace un juicio apreciable de la novela de nuestro querido compañero don Nicolás Heredia:

—“Tiene usted manía á esos seres retozones y malignos...”

—Dios me libre de indisponerme con ellos, sabiendo la habilidad que tienen para trastornar papeles y esconder los objetos en el momento en que se necesitan. También les guardo consideración, y prestan sus servicios. Por ejemplo, hace pocos días recibí por el correo de Cuba una novela, y, á decir verdad, estimando el regalo, no tenía, por mi falta de tiempo, intención de leerla; un duende se las componía de modo que la novela estaba siempre al alcance de mi mano, incitándome á leerla.

—¿Su título y su autor?

—*Leonela*, (1) por don Nicolás Heredia.

—¿Y la leyó usted por fin?

—De cabo á rabo; y puedo asegurar que la leí con mucho gusto: entretúvome al principio el encanto con que en ella se describen las costumbres cubanas, y hasta el uso de locuciones familiares, restos algunas del castellano que se hablaba en otros tiempos, y variantes otras con que el genio cubano ha enriquecido nuestra lengua; aquellas costumbres me recordaban una época feliz de mi juventud; pero tengo la seguridad de que si influyeron para dar al libro algún atractivo en mi espíritu, le hubieran hecho caer de mis manos á no deleitarme en su lectura el talento de su autor. Verdad al describir, ligereza en la narración, sobriedad en lo accesorio, color local, tipos bien trazados, delicadeza y energía, y proporciones atinadas y regulares en el conjunto: un conflicto de verdadero interés nacido de la verdad de los afectos y desarrollado con arte y maestría.

—¿Y conoce usted al autor?

—Sólo su retrato, que figura al frente de la obra. Me parece haber leído otro libro suyo de crítica, con el cual no estaba muy conforme, y aún he hecho de él alguna referencia; que pasan tantos hechos y tantos nombres por mi imaginación, que los recuerdos se confunden. Sea de aquello lo que fuere, puedo hoy asegurar que *Leonela* es, en mi pobre juicio, una novela interesantísima, y su autor un verdadero novelista.”

J. FERNANDEZ. BREGON.

(1) Tomo IV de la BIBLIOTECA de EL FÍGARO.

Mi Tierra

(LEYENDAS DE LA HABANA ANTIGUA)

A Enrique Collazo

XVII

LA MUECA DEL VIERNES SANTO

A las veces, los asuntos más frívolos, las cosas más comunes, las frases más corrientes y conocidas entrañan interés bastante, enseñanza curiosa, valor histórico y filosófico suficientes, para hacerlos objeto de artículos críticos y de conferencias literarias.

Y es que pasa con algunos dichos y referencias nacionales, lo que con los adagios y refranes: son la ciencia del vulgo, repítense y aplícanse sus sentencias sin noción de su origen ni de su historia y cuando algún chiquillo preguntón quiere satisfacer su curiosidad, apenas si hay alguno que pueda contestar á su embarazoso é indiscreto ¿por qué?, narrándole un cuento de viejas.

Por fortuna, hay espíritus sencillos que ven en lo pequeño, lo verdaderamente grande; que aman lo sutil, no por pobreza de entendimiento sino por sobra de imaginación, y ahí están Fernán Caballero, Ricardo Palma y otros que no recuerdo, deleitándose con sus humorísticas leyendas, explicativas de dichos y refranes.

No aspiro yo á imitarlos; que aparte de carecer de la universalidad de sus conocimientos, no tengo más archivo, ni otra biblioteca que mis recuerdos de la infancia.

Porque fué allí, en mi hogar, donde mi siempre inquieta curiosidad y mi imaginación siempre exaltada con historias y cuentos y leyendas, se nutrieron tan robustamente, que—lo confieso sin rubor—casi me ilustré más con ellos que cuanto pudieron enriquecer mis conocimientos los libros y tareas del colegio.

Y he aquí una muestra en la presente leyenda que de fijo habría de suscitar dificultades, no leves, á los críticos y literatos que procurasen desentrañar su origen.

Por los años de 1857 á 1862, había en la iglesia de la salud, un sacristán, campanero ó archivero, célebre por sus fealdad y su insolencia. Llamábase Hermenegildo; pero la musa popular, gráfica en sus abreviaturas depresivas y en sus diminutivos elocuentes, le bautizó con el apodo de *Mereje* ó *Mereje*, que traducía perfectamente todo lo que aquel tipo tenía de cínico y repugnante.—Él, en efecto, era el *hazmereir* de los *tacos* de entonces, que le buscaban, á propósito, para llevarles á rumbas y comilonas; pues *Mereje*, con su fealdad ideal, realizada por todos los refinamientos de su descaro, bailaba el *Papalote*, la *Caringa*, los *Papeles* y *La ley brava*, acompañándose con coplas inaudibles, puntuadas con todas las contorsiones y gestos de la más asquerosa desvergüenza.—Su fama llegó á ser tal, que cuando llegaba *Mereje* á una casa decente, por razón de su empleo de cobrador de la Archicofradía del Santísimo, á llevar los recibos, se le impedía la entrada, á menos que no hubiese un hombre en la casa.

Pues bien: yo recuerdo que un *Viernes Santo*, llegó *Mereje* á casa á cobrar la cuota de *Hermanas del Santísimo*, que en tal concepto satisfacían mi abuela y mis tías.—Había en casa algunos jóvenes de buen humor, y comenzaron á bromear con él.

—*Mereje*, ¿quieres ganarte un pico?

—En habiendo venga á nos, hágase tu voluntad,—respondía el ridículo vejete.

—Pues ven con nosotros para que hagas la mueca en San Agustín—le decían los otros.

—¿Quién sabe la cara que tendría tu abuelo!—replicaba *Mereje* enfadado.

No pudo contenerse mi curiosidad de chiquillo, y tan pronto como se fueron los extraños, pregunté á todos mis familiares qué era eso de la mueca.

Sucesivamente fueron explorados por mis tías cuantos literatos y hombres de ciencia frecuentaban mi casa; pues yo no las dejaba en paz exigiéndoles una explicación terminante.

El esfuerzo fué nulo.

—¡Costumbre...! ¡Bromas populares!—fué todo lo que pudimos obtener por entonces.



Sr. Martín Solar

EN "SUR LE PONT DE LA CONCORDE."

El enigma permaneció, pues, para mí, indescifrable, hasta que —ya jovencito de 13 años—tuve la dicha de frecuentar un hogar para mí venerando, donde el Rev. Padre Fray Pedro Infante, Regular Dominicano y Maestro que fué en la Real y Pontificia Universidad de la Habana, interrogado por mí, satisfizo mi curiosidad aplazada tantos años.—He aquí, poco más ó menos, la explicación que oí de sus labios:

—En todas las procesiones antiguas y especialmente con las que se exaltaba el culto del Hombre Dios, como en la de *Corpus*, *Santo Entierro*, &c., acostumbrábase á sacar una *tarasca*, ó serpiente monstruosa que representaba el genio del mal, vencido y humillado por el Redentor.—En las abadías ó conventos, y en las comunidades pobres, donde no había á las veces ni andas para llevar al Santo, pedían prestada la *tarasca* á la comunidad más próxima y que la tuviese, sucediendo, quizás, que, por celo ó egoísmo, ó rivalidades conventuales, no accediesen á su deseo. Entonces buscábanse los monjes desairados un ente del pueblo notable por su fealdad, y obligábanle á hacer de *tarasca*, previo pago de una gratificación. Sucedió alguna vez que se encontraron tres ó cuatro feos notables y dispuestos á hacer de *tarasca*, y los frailes, resolvían quién había de hacer el papel, sometiéndolos á un certamen. Llevábanlos á la Iglesia, le hacían subir al púlpito y allí hacían la *mueca del Viernes Santo*.

Se escogía al más feo, y ese hacía de *tarasca* y ganaba la gratificación.

¡Gracias al cielo, amigo Collazo, ha desaparecido esa costumbre que, de otro modo, correría yo el peligro de que alguna vez me llamasen para hacer la mueca!



Si todos se entusiasman y sienten como fiesta de casa la magnífica velada que ofrecerá esta noche "La Caridad," ¿qué no diré yo, lectoras mías, que he sido y soy un miembro, el último, pero miembro al fin de la prestigiosa sociedad?

Hoy es día de gala para el gran mundo habanero. Dispónense nuestras más distinguidas familias á secundar noblemente la obra generosa y benéfica de la hechicera dama que se llama Elena Herrera. Esta joven, á quien he admirado siempre y con cuya amistad me honro es hoy, la heroína. La fiesta de "La Caridad" es toda obra suya.

Este periódico se ha querido honrar dedicando casi toda la edición de hoy á enaltecer y aplaudir á cuantos coadyuvan á la realización de la hermosa idea de Elena. Los niños que reciben el pan de la educación en la escuela de "La Caridad" pronunciarán el nombre de la blonda y aristocrática señorita con cariño y gratitud.

Merecen bien de las almas buenas esos rasgos de desprendimiento que nos traen un gran consuelo al espíritu, porque ellos nos demuestran que el mundo no es tan malo cuando en él viven la Caridad, Elena Herrera, y sus dignos compañeros de esta noche.

La sala de "La Caridad," tan llena de recuerdos inefables, resplandecerá con el brillo de lo que más vale en la Habana. Distinción, lujo, belleza, se reunirá allí; de todos los labios saldrán frases de elogios y todas las manos estarán dispuestas á aplaudir.

Tristes de los seres á quienes el egoísmo haya impedido asistir á la gran fiesta. Para ellos será el reino del hastío. Para las almas generosas será noche de incontables y dulcísimas impresiones.

Ya todos los temas están agotados. Cada flor ha tenido en este número su poeta; cada nota su canto.

Yo callo, pues, para resarcirme en la próxima semana, en que pondré mi pluma en baño de oro, para trazar una revista digna de espectáculo tan hermoso.

Heléne, Estela, Carmen, Leonor, Carmela, María, todas, recibid mi aplauso fervoroso y esta crónica humilde—¿no la veis?—de heliotropos, violetas y pensamientos, con que premia vuestro triunfo único, el más alto de los *chroniqueurs*.

El Sr. General Calleja recibió el miércoles, vísperas de su santo, las felicitaciones de los elementos oficiales y de un grupo selecto de la sociedad habanera.

Ha sido la mejor fiesta celebrada en Palacio durante el mando del Sr. Calleja, quien, como su distinguida esposa, cumplimentó á los numerosos asistentes.

Doy á ustedes los nombres de las señoras y señoritas, que dieron encanto á la recepción:

Señoras Rita Du Quesne del Valle, Marquesas de Du Quesne y de Romero, de Rabell, de Valle, de Dolz, condesa de Mortera, de Cubas, de Pérez de la Riva, de Sánchez Mármol, de Osorio, de Casas, de Varela, de Arderius, de Veriñas, de Suero, de Góbel, de Pulido, Herrera de Cantero, de Dominici, de Herrera, de Pavia, de Blanco, March de Maza, Roldán de Domínguez, Cantero de Acosta, de Paramo, de Laborde, de Joli, de Romero Torrado, de Delgado, de Cánovas, Rosell de Azcárate, de Torres. Señoritas, Juana de Dios del Valle, Molins, María Dolores Cubas, Leonor Pérez de la Riva, Consuelo S. Mármol, Mercedes Romero, Josefina Herrera, las Osorio, María Du Quesne, Carmen Casas, Julia C. Herrera, Gonzalina Cantero, Montalvo, Conchita Dominici, Matilde C. Rabell, Consuelo Domínguez, Mercedes Azcárate, María Martín, Van Assch, América Menéndez, María Luisa Bravo, Teté Laborde y Guajardo, Beatriz Laborde, Joli, Romero Torrado, Julia Torriente.

SR. ANTONIO PULIDO

Nueva ocasión presentóse al respetable y distinguido profesor de piano Sr. Devernine para demostrar la excelencia de su enseñanza, la noche del sábado último, en que volvió á presentar en el *Salón Lopez* á sus tres discípulas predilectas. Son estas tres señoritas distinguidas, inteligentes y bellas, para quienes la *crónica* no puede tener sino sus más halagadoras frases. María García, *Cheché* Rodríguez y Hortensia Alvarez, son tres nombres que irán siempre unidos á los timbres de gloria que la posteridad tributa al maestro Sr. Desvernine.

Nuestra calurosa felicitación á todos.

La amable y distinguida esposa del que no es menos amable y distinguido General Arderius, ha logrado, en plazo brevísimo, captarse el amor de las damas habaneras. Su trato dulce y afable, sus atenciones, su inteligencia y bondades seducen á

cuantos la han tratado.

Con atractivos tan poderosos no es extraño que en el Palacio del General Segundo Cabo se reúna los días de *recibo* lo más granado de la ciudad.

El lunes estuvo, como pocas veces, animada la recepción, bailándose una pieza de cuadro y deleitando la Sra. Ferrera con su exquisita voz.

NOTAS DE SOCIEDAD.

El día 28 de abril se casará la señorita Julia Cabrero Herrera con el Sr. Bidegain.

El día 16 parte para Europa la familia de Felipe Rodríguez á bordo del vapor francés *La Navarre*.

Buen viaje y que la vieja Europa nos devuelva pronto á la adorable *Cheché*.

El día 21 boda de la Srta. Amelia Agüero con el Sr. Domingo Espino y Carbó.

Al dar cuenta de una boda me viene á la mente la estrofa de Narciso Serra:

Mucho contra él se propala...
pero cuando todos dan

en casarse, vamos Juan,
no será cosa tan mala.

¿Qué razón tenía el esquisito poeta! Hoy esa razón se la han dado dos jóvenes estimadísimos que se han rendido ante el Dios ciego. Ella es la interesante y bella Srta. María Teresa Blanco, cuyo rostro recuerda el de la heroína del poeta

"de nácar, de jazmín y terciopelo."

Él es el conocido comerciante Pedro Pernas. Hoy disfrutan de las delicias de la luna de miel, esos primeros gozes que no se olvidan nunca.

La ceremonia religiosa celebróse en casa del padre de ella, Sr. José Blanco, quien apadrinó la boda en unión de su señora esposa. Lucía la novia un magnífico terno de piedras cuyas titilaciones eran pálidas al lado de las de su belleza que resplandecía aquella noche con sus más brillantes fulguraciones.

La concurrencia esquisita y espléndidamente obsequiada, se retiró complacida, mientras los novios se escaparon al Vedado, á esconder su dicha, arrullados por brisas marinas.

Otra recepción brillantísima ha sido la del jueves, en la quinta encantadora de los señores Santos Guzmán.

Como indica un compañero en *crónica*, no va siendo el atractivo de estas descripciones de recibos, las galanuras del ingenio, sino la relación de las personas que á ellas asistieron, porque es lo que les interesa á las *muchachas*, y yo, dentro de ese criterio, y tan luego de decir que Conchita O'Farrill y María Ojea trajearon elegantemente y nos colmaron de atenciones, y que en la ideal quinta se nos obsequió espléndidamente, copio la lista de las *estrellas* que iluminaron en aquel cielo de la mejor sociedad habanera.

Entre las señoras, de O'Farrill de Reina, Conill de Pérez de la Riva, Echarre de Sanguily, Cantero de Dominici, Cantero de Góbel, Condesa de Romero, de Osorio, Marquesa de Faura, Marquesa de Santa Coloma, de Triana, Freire de Mendoza, Giralt de Demestre, O'Farrill de Pavia, Condesa de Marcurijs, Corrales viuda de Manrique, Ramírez de Jorrín, Domínguez de Angulo, Baró de Angulo, Pintó de Chacón, de Murias y *Eva Canel*. Señoritas O'Farrill, Josefina Herrera, Mercedes de Armas, *Petite* Forcade, Mercedes Romero, María y Carmen Triana, María Antonia Calvo, María Morales, María Murias, Conchita Dominici, Lily Casuso, Mercedes Montalvo, Carmen y Paca Osorio, Leonor Pérez de la Riva, Mercedes Cadaval, Guadalupe y Mercedes Montalvo, María Góbel, las Soto-Navarro, María Luisa Freyre.

Con vistas de la artística morada de los esposos Santos Guzmán, inaugurará EL FÍGARO en el siguiente número una nueva sección que titulará LOS SALONES HABANEROS, y en la que aparecerán los más lujosos y bien decorados de esta sociedad.

El respetable y conocido caballero Sr. D. Francisco Pedroso, ha fallecido en la presente semana, á consecuencia de una violenta enfermedad.

El Sr. Pedroso acababa de comprar la esquina de Neptuno y Zulueta, frente al Unión Club, donde se proponía levantar un gran edificio. La muerte lo ha arrebatado al amor de los suyos antes de que viera terminada la obra.

Enviamos á sus familiares el testimonio de nuestra condolencia.

RAOUL CAY.

Nuestros grabados

Las fotografías de que se han hecho los grabados del presente número, relativos á "La Caridad" del Cerro, han sido tomadas expresamente para EL FÍGARO, por nuestro redactor fotográfico Sr. Gómez Carrera.



SR. MARTIN SOLAR

EN "LES GARDES MUNICIPAUX"



EL MONASTERIO DE PIEDRA (1)

Al llegada al Monasterio desconsuela. Nadie sospecharía que encerrase tantas maravillas. A la entrada se yergue una torre de castillo feudal, de color bermejo, que cuenta seis siglos de existencia. Grandes tapias del propio color rojizo de la torre circuyen el edificio, del que se ven, desde fuera, los techos y algunos árboles y peñascos escuetos. Se atraviesa un patio que tiene mucho de corral, y pronto se penetra en el Convento, donde es uno sorprendido por el escándalo que forman las aguas del río Piedra, agua que tienen la virtud de petrificar cuanto mojan, según dicen.

Largos y sombríos claustros muestras sus ojivas, capiteles y adornos góticos. Una amplia escalera, que se divide en dos ramales, sostenida por arcos y cobijada por una bóveda, lleva al primer piso, donde se abren dos galerías de claustros que comunican con las celdas de los monjes, convertidas hoy en hermosas habitaciones. El Convento ha sufrido notables reformas, muchas de pésimo gusto.

Del antiguo Monasterio cisterciense sólo quedan la torre, la portería, la sala capitular, las casas contiguas y la iglesia, verdaderamente en ruinas. Da lástima el dinero que se ha invertido en este edificio consagrado á la mutilación de la personalidad humana. *In illo tempore* fué objeto de privilegios y mercedes por parte de don Alfonso el Casto, don Jaime el Conquistador (cuyas estatuas hechas pedazos, figuran á la entrada de la iglesia), don Pedro el Católico y demás reyes que se sucedieron en el trono de Aragón.

El Monasterio no sólo prestaba dinero á los monarcas, sino que brindaba hospitalidad á todo el que, noble ó plebeyo, tocaba á su puerta. Semejante opulencia duró hasta la expulsión de los frailes.

Andando el tiempo, pasó á ser propiedad del Estado, y en el día pertenece á don Federico Muntadas que ha salvado el monumento de la ruina completa que le amenazaba.

Dejemos la obra del hombre y pasemos á admirar los prodigios de la naturaleza. La impresión ingrata que se siente al llegar al santuario, se torna vigorosamente alegre al trasponerle. Un hermoso panorama solicita la vista del viajero: luminosos valles, frescas alamedas, enmarañados bosques de árboles frondosos y viejos, abruptas peñas desde donde caen enormes cascadas y torrentes desgredados que ensordecen el espacio con su eterna y monótona música de agua...

El que guste de espectáculos fuertes, aquí les tiene á granel: intrépidos saltos de agua que ruedan al abismo, incendiados por el sol; ingentes cerros que recortan el horizonte; tumultuosas corrientes que se empujan aullando, como manadas de lobos hambrientos. El que les quiera apacibles, tropezará á cada paso con agrestes sitios arrullados por el manso monólogo de los arroyos; praderas alfombradas de un verde intenso; alamedas iluminadas tibiamente, saturadas de frescura y de músicas; y el que esté por lo fantástico y bravío, no tiene sino bajar á la gruta, cuajada de estalactitas y de primores geométricos, debidos á la gota de agua que filtra las entrañas de la roca con incansable y desesperante perseverancia...

Lo primero que he visto es la *Cola del caballo*, cascada cuyo nombre responde á su exacto parecido con la cola de dicho animal.

El río sigue tranquilamente su curso; pero de pronto corta su cauce un enorme precipicio, y todo aquel caudal de agua se arroja atronador y loco, desde una altura de 172 pies, formando un hervidero de espumas irisadas al reventar contra las rocas. En lo más profundo liga mansamente su interrumpida carrera entre árboles que doblan sus ramajes como si mirasen sorprendidos la caída de la catarata.

Debajo del salto del caballo está la gruta, á donde se baja por una estrecha escalera abierta en la roca. La sensación primera es de angustia, como que se desciende á los antros de la tierra. La escalera se ilumina á pedazos por boquetes que dan

(1) Del capítulo *Viajes cortos*, del libro *Solfeo*, recientemente publicado en Madrid.—N. de la R.



Rafael Rodríguez Acosta
SECRETARIO DE "LA CARIDAD" DEL CERRO

yedra petrificada, se ven artísticas labores que toman las formas más ricas y varias. La imaginación las combina á su capricho. Tan pronto convierte en copudo árbol una columna, como en pájaros de abiertas alas un pedazo de piedra suspendido del techo. Las estalactitas no parecen lágrimas; los hoyos que barrenó silenciosamente la gota de agua, cuencas sin ojos; las láminas de transparente mármol, sudarios de muerte.

¡Qué grande, qué sugestiva es la obra de la naturaleza! Ella trabaja seria y reflexivamente, sin darse prisa, sin ambiciones, sin preocuparse poco ni mucho del aplauso mezquino de los hombres. No desmaya en su labor desesperante de siglos. Se propone momificar toda una colonia de chopos corpulentos, y arroja sobre ellos un torrente de agua que cae durante siglos y siglos con una imperturbabilidad que á nuestro pobre sistema nervioso produce aterradora obsesión.

¡Qué fugaz, qué pequeño, qué mísero parece todo lo del hombre en comparación de la naturaleza, madre amorosa de todo lo que alienta! Madre amorosa pero también injusta. ¿Por qué al hombre, que piensa y siente, concedes vida tan efímera, y á ese torrente que ni siquiera sabe que existe, das tan prolongada existencia?

¿Por qué, á cambio de años, nos diste tantas amarguras, tantos dolores, y al arbol y al torrente y á la roca una vejez apacible, sin tristezas ni preocupaciones?

La tarde va cayendo. Una vaga somnolencia, poblada de rumores, invade mi espíritu. Desde mi celda escucho todavía el estrépito lejano del río que se despeña como un trueno que se va apagando. El viento pasa llorando entre los árboles y la estrella de la tarde pestaña como un ojo de luz clavado en el espacio. Mi pensamiento rueda por esta atmósfera de silencio rumoroso, como un pájaro de alas de seda. Mis ojos se humedecen y una ola de tristeza y de amor inefable por todo me sube al corazón. ¡Ah, no soy del todo malo todavía!...

FRAY CANDIL.

NULLA EST REDEMPITIO

Al derruido templo
Llega, tal vez, ferviente peregrino,
Y ante el altar se postra
En donde en polvo convirtiéndose el idolo.
Patriota, di, ¿qué buscas,
¿Qué buscas, afanoso, en este sitio?
¿Ni el ideal de Patria se recuerda;
Su aspiración fué sueño ya maldito!
Besa el mármol del ara,
El mármol, aun ayer, en sangre tinto,
Do consumó tu arrojo
El cruento, no igualado sacrificio,
Y con santo pavor de aquí te aleja:
¡Solo estás ante el polvo de tu idolo!

ESTÉBAN BORRERO ECHEVARRIA

Abril, 94.



Coro de señoritas

Para la pléyade adorable cuyo retrato abrillanta esta hermosa página, no son mis notas descoloridas, la ofrenda que á sus piés debiera deponerse; ante esas privilegiadas *coristas* que atesoran todas las esquisiteces de la belleza, todas las distinciones de la elegancia y todos los refinamientos de la gracia, las flores perfumadas del elogio, palidecen y se marchitan, abrasadas en el sol de sus miradas y en los destellos de su hermosura. La fotografía ha copiado fielmente esa cohorte alocadora de siluetas helénicas, que atrae y seduce, que arrastra y admira, congregada en el escenario de "La Caridad" para realizar, con los raudales de su talento, una sublime virtud.

Y es que ellas, que todo lo poseen, han querido demostrar cumplidamente que la delicadeza de sus almas, supera, si cabe, á las seducciones de sus rostros, organizando esta brillante fiesta destinada á endulzar amarguras, á reprimir dolores y á mitigar pesares.

Ojos que miren estas columnas no verán en ellas más que sus figuras esculturales. De las encantadoras blondas María Carri-

TERCETOS

A F. Basoa Marsella.

Ya la tarde declina. Ya entre el follaje
se despiertan los himnos arrulladores
que inundan con sus ecos todo el paisaje.

La luz se desvanece. Las frescas flores
en su seno recojen la brisa amante
que gozosa las besa cantando amores,

y acudiendo á la cita surge al instante
la legión de las musas que enamoradas
acompañan al bardo con fe constante.

Sobre el turbión rugiente de las cascadas
los silfos juegan y en la espesura
los aguardan felices las tiernas hadas.

El ave busca el trino de más dulzura
por ver si existe otra que le responda
trayéndole en sus alas dulce ventura.

El céfiro suspira bajo la fronda,
el insecto descansa sobre los prados,
la encantada sirena gime en la onda.



CORO DE SEÑORITAS DE "LA CARIDAD"

Ilo, *Lizzie y Helène*, lindísima trinidad que tiene rosas por mejillas y oro por cabellos, pasará á una admirable trilogía morena: Estela Broch y María y Carmencita Triana, un grupo delicioso que simboliza encanto y simpatía; de María Adam, la interesante señorita, que delata en sus arrobadoras líneas, su alma de genial artista, á dos hermanas igualmente preciosas, *Henriette y Loló Valdés Fauli*...

Para todas habrá esta noche un entusiasta aplauso de cada labio y un merecido homenaje de cada pluma. Yo los recojo, para ofrecerlos, junto con mis modestas líneas, como tributo de admiración.

MARIO GARCÍA KHOLY.

Abril, 94.

"La Ciudad Blanca"

La muy favorable acogida que el público de la Habana ha dispensado á esta obra de nuestro Director, hasta el punto de que la tirada se encuentra próxima á agotarse, nos ha impedido remitir ejemplares de ella á muchos subscriptores del interior, á los cuales pedimos indulgencia, prometiéndoles enviárselos, si el autor se decide á imprimir una segunda edición.

A la propaganda de la prensa, generosa y benévola con el compañero, cree Pichardo deber, en parte principal, el éxito de

su libro, y atendiendo á directas invitaciones que por ella se le han hecho, para que amplíe sus conceptos acerca de puntos tan importantes como el anexionismo y el carácter y vida de la mujer norte-americana, se dispone á satisfacerlas en un trabajo que ha de dar á luz en breve.

Los pocos ejemplares que restan de *La Ciudad Blanca*, pueden adquirirllos aquellos que se apresuren á comprarlos en las librerías en que se pusieron á la venta.

L. ANEIRO PAZOS.



POR
ANDRES CLEMENTE VAZQUEZ
RECUERDO DE MR. HALE

Partida *sue ta*, jugada en el Club de Ajedrez de la Habana, el día 10 de Febrero de 1894.

DEFENSA FRANCESA

BLANCAS	NEGRAS	BLANCAS	NEGRAS
A. PONCE	A. HALE	A. PONCE	A. HALE
1—P 4 R	1—P 3 R	15—A 2 R	15—P x P
2—P 4 D	2—P 4 D	16—P A x P	16—C R 3 C
3—C D 3 A	3—C R 3 A	17—T R 1 A R	17—A 2 D
4—A 5 C R	4—A 2 R	18—A 3 D	18—T D 1 A
5—P 5 R	5—C R 2 D	19—C D 2 A	19—P 3 T
6—A x A	6—D x A	20—P 3 T D	20—C D 2 R
7—D 2 D	7—P 3 T D	21—C D 3 R	21—C R 5 A D †
8—C D 1 D	8—P 4 A D	22—A x C	22—P x A
9—P 3 A D	9—C D 3 A	23—T D 1 A	23—P 4 C D
10—P 4 A R	10—P x P	24—R 3 A	24—A 3 A
11—P x P	11—D 5 C	25—C R 2 D	25—C 4 D †
12—C R 3 A	12—D x D †	26—C x C	26—A x C
13—R x D	13—O O	27—P 3 C R	27—P 4 T D
14—C D 3 R	14—P 3 A		

TABLAS, á propuesta de Mr. Hale.

Esta partida no es un modelo de brillantez, pero sí de corrección. Opinamos que el apreciable *amateur* de Philadelphia, Mr. Arturo Hale, hizo bien en proponer las tablas, porque á la larga el Sr. Ponce, con acopio de paciencia, hubiera quizás podido ganar. Estando todos los peones blancos en casillas negras, no hubieran sido atacados por el alfil; mientras que el caballo blanco habría podido buscar la manera de apoderarse de alguno, ó algunos de los peones contrarios.—Por otra parte, el Rey de Mr. Hale estaba muy alejado del centro de operaciones, y el Sr. Ponce, con mucho juicio y valor, había ido acercando, paulatinamente, su Rey, á los peones negros del lado de la Dama. La posición, en todos casos, era favorable para el jugador cubano. Suponemos que el Sr. Ponce no desconocería todo esto, y que si accedió á la proposición de empate que le hizo su antagonista, sería exclusivamente por un acto de cortesía y de pura deferencia.

STEINITZ CONTRA LASKER



Actualmente están jugando un *match* en los Estados Unidos, el Campeón del mundo W. Steinitz y el célebre joven alemán, campeón de Inglaterra, E. Lasker. Ambos son conocidos nuestros, por haber estado en la Habana. La apuesta es de 2.000 pesos, oro americano, y se ha convenido que ganará quien primero triunfe en 10 partidas. La lucha se verificará por terceras partes de juegos, entre las ciudades de Nueva York, Philadelphia y Montreal (capital del Canadá). Hasta ahora se han jugado 6 partidas, dos ha ganado Steinitz, dos Lasker, y dos han resultado tablas. No podría ser más perfecta la igualdad. Publicaremos, cuando fuere oportuno, algunos de los juegos más brillantes y correctos. Sería inútil que ocultásemos la creencia y los deseos que abrigamos, respecto de la victoria definitiva del Campeón del mundo, nuestro querido, respetado y antiguo amigo, Sr. W. Steinitz.

* CREPUSCULO *

La tarde muere: sobre la playa,
Sus crespas olas la mar rompió;
Deja que pronto de aquí me vaya,
Que ya la tierra se oscureció.

Ven á mi lado: suelta los remos;
Ven: un momento reposa aquí,
Y los luceros brotar veremos
Con ese manto de azul turquí.

No temas nada. La mar se calma,
Las olas duermen. ¡Aquí está Dios!
Ven y juntemos alma con alma
Para que juntas digan adiós.

La noche llega; de joyas rica
Sus negros cofres abre al volar,
Y tu flotante falda salpica
La blanca espuma que forma el mar.

Corre la ola tras de la ola;
En pos de Vesper, Lirio brotó;
Todo se busca; la playa sola,
Como enlutada, desapareció.

Deja que agiten tu negra trenza
Las brisas frescas al revolar:

Ya la tranquila noche comienza
Y entre las sombras se puede amar.

El alto faro su luz enciende,
Las anchas velas se pierden ya;
El pez saltando las olas hiende,
Y la gaviota dormida está.

Dame tus manos; quiero tenerlas
Para animarme con su calor:
Cárcel de conchas tienen las perlas,
Cárcel de almas tiene el amor.

En esta débil barca que oscila
Sobre el abismo, vamos los dos:
Amor escondes en tu pupila
Como en los cielos se oculta Dios.

Alza los ojos, no mires triste
Como las olas van á morir;
Se abre el abismo, como tú abriste
Tu alma de virgen al porvenir.

La blanca estela que el barco deja
Como *vía-láctea* del mar se ve;
Ven, mientras tibia la luz se aleja,
En mis rodillas te sentaré.

Entre corales, nereida hermosa
Sus rubias trenzas torciendo está,
Con verdes ojos nos ve envidiosa
Y á flor del agua se asoma ya.

Ufano riza tu cabellera
El aire blando que sopla aquí;
Las olas mueren en la ribera,
Mas tu cariño no muere en mí.

Si tienes miedo, secreto nido
Entre mis brazos te formaré,
Y como á un niño que está dormido,
Con anchas pieles te cubriré.

Gimiendo el agua, la barca mece;
La blanda brisa te arrullará,
Mientras mi mano, que se entumece,
Entre tus bucles se esconderá.

Mira: mi remo las olas abre;
Hacia la playa tuerzo el timón;
Sus negros senos la mar entreabre,
Pero más negros tus ojos son.

(México).

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

* UN MISTICO *



OR albergue, cuatro paredes blancas y un puñado de tierra sembrado de mustias flores, de donde le viene por estrecha ventana el aire y la luz; un potro de tablas por lecho; una pintura de la Virgen por adorno de la celda; un crucifijo y una calavera por altar; es cuanto posee el triste

cartujo, que clavadas en el desnudo suelo las rodillas, los brazos oprimiendo el corazón, la cabeza caída sobre el pecho, semeja la estatua del dolor en éxtasis sombrío.

Su frente sin color pero sin surcos, sus mejillas como excavadas en marfil, hundidas pero tersas, revelan el trabajo devastador de la maceración por aniquilar las fuerzas de la poderosa juventud. Murmuran sus labios las preces, pero encendidos

están como si hablasen de amor. Su pecho se levanta y se abate como agitado por la onda de amarguras que sus ojos destilan sobre la luenga barba de ébano y de plata.

De trecho en trecho aquella solemne figura de asceta alza su

cabeza escultural, fija las oscuras pupilas en la imagen bellísima, cuya sonrisa todavía humana parece una nota mundanal sobre el blanco severísimo del muro; y al contemplarla aprieta más y más el monje el cerco de sus brazos contra la entraña que le golpea dentro del pecho. Luego toma el crucifijo y lo besa; luego atrae la amarillenta calavera, y sobre el frontal desierto, sobre las cuencas profundas, sobre los repugnantes maxilares en que nunca acaba la carcajada horrible de la muerte, estallan sus besos delirantes.

Si las férvidas preces del joven monje fuesen escuchadas, y un milagro de resurrección se operase en la celda, aquella calavera de correcto óvalo, de dientes parejos y sanos, se vestiría de nuevo con carne vívida y hermosa; poblaríase su comba ebúrnea con rizos de oro; viéranse en las órbitas vacías resplandecer dos ojos divinos, y trasunto animado aquel despojo fuera, del adorable lienzo que el penitente venera y de la adorada imagen que evoca en sus éxtasis profanos. Y entonces, aquel mismo primoroso Cristo cincelado en plata, aspado en su crucecita de oloroso sándalo, abriría su boca para verter una dulce parábola sobre los juramentos que un día recibiera, de amor que dura más allá de la muerte; y la ósea ruina, la amarillenta calavera, transfigurada en cabeza de mujer encantadora, respondería con sus besos celestiales, á los insensatos besos del místico mundano.

Marzo, 94.

N. BOLET PERAZA.

Cuentos * para * "El * Fígaro"

Traducidos por el Conde Kostia

El maniquí



ESTOS meses llevaba de casado Jeannot, y se creía, verdaderamente, el hombre más dichoso del mundo. Se había casado con una mujer encantadora que le amaba seriamente y á quien él también adoraba. Sus negocios iban bien; mejor dicho: prosperaban; las últimas elecciones para la renovación del consejo municipal de Levrier le habían llamado á sentarse en el seno de esa asamblea. Por último, su vaca: *la Gris*, como él la llamaba, había parido recientemente dos soberbios terneros. Tantas dichas á un tiempo, le parecían demasiadas, y su naturaleza sencilla le disponía á veces á recriminar contra la suerte que le hacía (según sus frases) demasiado dichoso.

Sin embargo, algunas veces una nube ligera había parecido oscurecer la aureola de gozo que iluminaba su frente radiosa; pero realmente esa nube no era más que pasajera y no parecía deber fijarse para siempre en ese horizonte luminoso de donde la negra melancolía era proscrita, á lo menos por mucho tiempo—pensaba Jeannot.

Lo que molestaba y atormentaba á aquel excelente hombre eran las visitas algo repetidas que hacía á la hermosa Mme. Jeannot, el Sr. Randouillard, escribiente del notario.

No que interpretara estas visitas de una manera ultrajante para ella. Nada de eso; Mme. Jeannot era la virtud personificada y no hubiera permitido á nadie, ni aun al escribiente del notario, alzar sus miradas hasta ella. Pero las malas lenguas no debían perder esa ocasión de murmurar un poco aporropósito de Mme. Jeannot, y en esa localidad, en donde ella se consideraba como extranjera, sus gustos refinados la alejaban en cierto modo de los habitantes de la aldea. Incumbía, por consiguiente, al marido el deber de asegurar su buena reputación.

Tales eran las reflexiones á que se entregaba el arrendatario yéndose á la feria de Pontarlier, un jueves del mes de setiembre; reflexiones que él sazónaba á veces del recuerdo de muchas cosas; entre otras, del de un sonoro beso que había dado á Catalina, su esposa, aquella misma mañana, antes de partir para la feria.

* * *

Por fin, llegó á la feria. Su entrada fué saludada, primero, por el mugido de los bueyes y las vacas, el relincho de los caballos, el rebuzno de los asnos, el sordo gruñido de los cerdos, y el formidable ladrido de los perros.

Este es, generalmente, el concierto público y gratuito que dan á todo el que llega, cuando entra en el mercado. Una gran animación reinaba en aquel momento en toda el área. El día era espléndido, el número de vacas y bueyes era inmenso y los caballos, representados vigorosamente por ejemplares bellos y buenos, llenaban literalmente el campo de la feria. También es cierto que la feria de setiembre es una de las más fuertes del año y que ha adquirido tal reputación en toda la comarca, que los compradores y vendedores van á ella de todas partes.

Nuestro amigo Jeannot, acabadito de desembarcar, fué á dar su vuelta por la feria, á proceder á sus compras, y después de haber vendido muy bien su manteca fué á *La Balanza*, cita habitual de los arrendatarios del valle de la Loire.

Precisamente encontró allí á su tío, un robusto cultivador de la montaña; se sentó al lado de ese hombre en la mesa, en compañía de algunos amigos y conocidos.

La comida fué todo lo copiosa que pudo esperarse del cocinero de *La Balanza* y rociada de algunas buenas botellas de vino añejo que el tío Mauricio había mandado traer, gritando y llamando entre juramentos, la mayor parte enérgicos....

Todo, sin embargo, tiene un fin, hasta una comida de feria. A las siete de la noche Jeannot se disponía á volver á Levrier después de haber tomado una grave determinación.

* * *

.... Ah! así era como se entendían M. Randouillard y Mme. Jeannot? Realmente, en materia de deshonor conyugal, los dos se entendían maravillosamente.

Y él había estado, él, Jeannot, consejero municipal, hasta aquel momento, sin abrir los ojos.... Y había sido preciso que su tío.... su querido tío Mauricio se los abriese, á la fuerza, por decirlo así, aporropósito de los desórdenes de su esposa.... Porque cómo explicar las frecuentes visitas de M. Randouillard y esas citas misteriosas, tras la casa del notario, bajo el enmarañado seto?

—Oh! la cosa no quedaría así—decíase Jeannot al volver á su casa;—esta noche yo pondré orden á todo....

El sabía que aquella noche su muger, cuando él volviera y mientras fuera á buscar sus bueyes en el sitio en que pastaban, se hallaría con su amante, el lindo escribiente, en el jardín del notario. Y estaba resuelto á detener de un solo golpe su tierna entrevista.

Es que bajo apariencias plácidas, Jeannot ocultaba una firmeza de carácter y una naturaleza resuelta que nadie hubiera sospechado. Además, cuando su honor estaba en juego, cuando sus más queridos intereses se hallaban comprometidos, era un hombre de acción, muy determinado. En fin, aguijoneado por los celos, llevando en su corazón sentimientos de venganza y de resentimiento, y sobre todo, algo conmovido por el contenido de las vie-

jas botellas, Jeannot se sentía con la fuerza suficiente para cumplir con el gran acto de que dependían su tranquilidad y su dicha futuras.

Al entrar en la casa, abrazó á Catalina, como de costumbre, se quitó la ropa cambiándola por un traje diario de trabajo y se dispuso á ponerse en camino para ir á buscar sus bueyes al pasto que estaba á un cuarto de hora de su habitación.

La noche había llegado, tejiendo silenciosamente sus velos, como para cubrir con su sombra protectora los miserables que dentro de poco iban á hallarse juntos.

Jeannot calculó que habitualmente tardaba media hora en hacer el trayecto de ida y vuelta y que además necesitaba media hora por lo menos para ordeñar las vacas. De modo que los culpables iban á tener hora y media de conversación. ¡Qué atrocidad!

El pobre marido tomó á este respecto sus disposiciones. En vez de irse directamente al cercado, no anduvo más que la mitad del trayecto, volvió atrás y entró en su cuarto por una puerta trasera; descolgó su fusil que cargó con perdigones gruesos y salió de la casa, sigilosamente, dirigiéndose con grandes precauciones, al jardín del notario....

Las represalias iban á comenzar.... La hora del castigo había sonado.

* * *

Grandes nubes se habían amontonado en el cielo y cubrían casi enteramente la bóveda celeste, dejando percibir, á raros intervalos, la luna, que con su disco enorme, parecía ostentar, á los ojos de todos, la vergüenza del desgraciado Jeannot.

A lo lejos, en las praderas, las cigarras acababan sus interminables canciones de otoño y en los setos del camino brillaba una luz extraña, fosforescente; la del gusano de luz. El aire era pesado, cargado de tempestad, y el viento comenzaba á silbar violentamente.

Jeannot llegó á paso de lobo cerca del seto que formaba una especie de barranda salvaje. Las ocho sonaban en aquel momento en el reloj de la iglesia. Jeannot se emboscó detrás del seto, con la mano sobre el gatillo de su fusil.... Pasaron diez minutos; un rayo de luna atravesó las nubes.... Y distintamente vió al que le había robado su honor, á M. Randouillard en medio del jardín, de pie, inmóvil, esperando. Al mismo tiempo oyó pasos que venían de su lado....

Era Catalina, indudablemente. La idea sola de que iba á asistir á su entrevista, á oír el sonido de sus besos, le causó una angustia horrible. En una visión rápida, entrevió á Catalina en los brazos de su amante; se vió ridículo, avergonzado, bafado.... estúpido.... Un relámpago le pasó por los ojos, se echó el fusil á la cara, apuntó al corazón del escribiente.... y tiró....

.... Un grito sordo respondió á la detonación;.... el hombre cayó. Y Jeannot huyó, loco, espantado de lo que acababa de hacer, sin saber á donde iba. Corrió toda la noche, y agotado, jadeante, cayó de fatiga al borde de un sendero.... y acabó por dormirse profundamente, con su fusil á su lado.

* * *

Despertó, ya muy entrado el día. Abrió los ojos, estiró los brazos y vió entonces las caras de dos gendarmes que le observaban socarronamente.

—Este es quien lo ha matado; es evidente, mira su fusil—dijo uno.
—No obstante, sería prudente asegurarnos de su persona—dijo el otro;—es mi opinión.

—Y la mía también.
Jeannot se levantó más muerto que vivo. Se sentía perdido.

—Es usted quien lo ha matado, verdad? Confiéselo. Hemos seguido sus pisadas, y su actitud, ese fusil son pruebas irrecusables.

—Sí, soy yo; no lo niego.
—Y por qué no guardó usted las reglas?
—No tenía qué observar regla alguna; el flagrante delito existía, indiscutible para todos.
—Es posible. Pero qué hora era cuando usted lo mató?
—Podrían ser las ocho.
—Precisamente. Desde qué hora lo esperaba usted, y á qué distancia ha tirado?

—Había esperado unos diez minutos. La distancia? 10 metros.
—Efectivamente; lo ha destrozado usted.
—Pero está bien muerto?
—No tema nada. Mire.

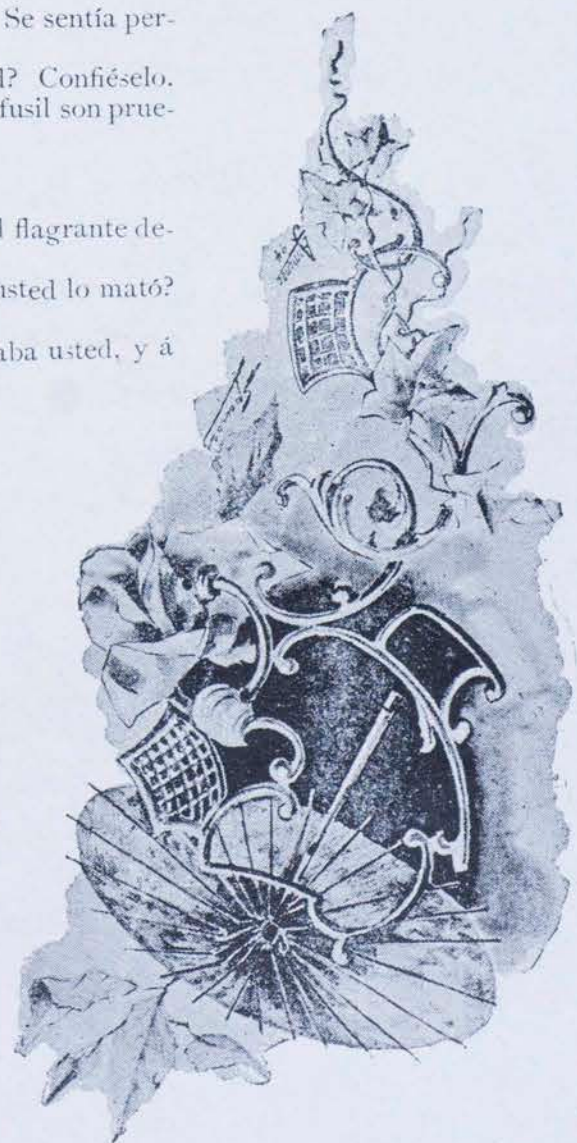
Y al decir esto el gendarme sacaba de debajo del capote un soberbio conejo que pesaba lo menos veinte libras.

Jeannot se quedó estupefacto.
—Pero no es un conejo lo que yo he matado!

—No es un conejo? Entónces, qué ha sido?

—Mire usted; terminemos. Ahora veo que usted me toma por un miserable cazador furtivo y que me imputa usted la muerte de un animal.

—Positivamente.





—Pues bien, desengañese; el conejo que he matado es el amante de mi mujer: M. Randouillard, un canalla á quien he sorprendido esta noche con ella en el jardín del notario.

Y le contó sus aventuras de la noche anterior.

—Esto es grave, muy grave. Va usted á seguirnos.

—A donde?

—A Levier, para reconocer los hechos...

Al cabo de una hora de marcha llegaron á la aldea. Grande fué la sorpresa de los habitantes cuando vieron á Jeannot entre dos gendarmes.

Catalina llegó corriendo y pidió explicaciones. Su marido, con un gesto, la apartó, arrojándole una mirada despreciativa. Pero todo el mundo parecía muy tranquilo.

La primera persona á quien se dirigió el gendarme preguntando dónde habían llevado el cadáver pareció llenarse de asombro.

—Es un bruto, dijo el otro gendarme;—vamos al lugar del suceso.

A él llegaron, acompañados siempre de su prisionero, y se detuvieron en el sitio que este último les indicó.

No había la menor huella de cadáver alguno.

Pero, acostado, la faz contra tierra, un maniquí (que los aldeanos alzan en los jardines para servir de espantajo á los pájaros) yacía sobre el suelo.

Jeannot no comprendía nada de lo que pasaba á su alrededor. El gendarme levantó el maniquí á cuyo alrededor no se veía la menor gota de sangre. Sólo el pecho de paja estaba agujereado en el medio.

—Pero desgraciado; ha tirado Vd. sobre un maniquí—dijo riendo el gendarme.—Vd. no ha matado á nadie; no lo ve?

Y señalaba con una mano al notario y su escribiente que se acercaban á ellos.

Al fin todo se explicó; Jeannot fué enseguida puesto en libertad. Ya no dudaba de la inocencia de su adorada Catalina.

Precisamente al llegar á su casa le esperaba una carta de su tío.

—Querido sobrino: en la próxima fiesta de Pontarlier me dirás cuanto tiempo has tardado en sorprender á tu esposa y á su amante, M. Randouillard. Ayer he notado en tu aspecto receloso, que estabas celoso y he pensado en hacerte pasar por esta pequeña prueba. Ojalá te aproveche y te cure para siempre de tu feo defecto.—Tu tío, Mauricio."

Jeannot, después de confesarse á su mujer, le pidió tiernamente perdón. Esta se lo otorgó complacientemente, después de haberse reído muchísimo los infortunios de la noche anterior. Y terminó con un sonoro beso recíprocamente cambiado.

Ahora, Jeannot sigue siendo el más dichoso de los mortales.

CH. BOURGET.

RETAZOS

Los espléndidos y elegantes almacenes de "La Gran Señora," calle del Obispo, se ven frecuentados constantemente por distinguidas familias que allí acuden en pos de las ricas y excelentes telas que ofrece dicha casa á precios reducidísimos.

"La Gran Señora" ha hecho importantes reformas en el local que ocupa, ensanchándola ámpliamente para comodidad de las señoras que la favorezcan.

Sus dueños importan la mercancía directamente de los más afamados fabricantes europeos. Ahora acaba de llegar un surtido admirable de sedas primorosas y aereas y elegantísimas telas de verano.

Las chaquetillas de gasa de que hablan las últimas crónicas elegantes como el *elou* de la estación en los centros de la moda, los tiene "La Gran Señora" á disposición de las damas. Son elegantes, ligeras y baratísimas, pues su precio es de 2.50 á 3 pesos plata.

De poco tiempo á esta parte, merced á los esfuerzos de su dueño, don José Valdés, ha crecido la importancia de "La Gran Señora" hasta llegar á ser hoy una de las principales establecimientos, en su giro, de la ciudad. Su situación topográfica, Obispo esquina á Compostela, frente al espléndido "Palais Royal," ofrece á nuestras familias constante ocasión de hacerle una visita. No nos tendrán que echar en cara la recomendación porque sabemos que en "La Gran Señora" hay, además de excelentes y buenas telas, buen agrado para vender.

La popular peletería "El Palais Royal" es hoy el *rendezvous* de las familias habaneras.

Precio, calidad, elegancia, todo es superiorísimo en el "Palais Royal." Es decir, no, todo, no. Los precios son inferiorísimos.

Hagan ustedes la prueba y se convencerán.

Es cada vez más notoria la excelencia y baratura en objetos y precios que encuentra el público en la platería "La Exactitud," Luz 45, del conocio joyero, Fructuoso Santa Cruz de Oviedo.

Desvívese éste por complacer á sus numerosos clientes, por lo que el público partidario de las joyas de "La Exactitud," crece todos los días como la espuma.

Nuestra enhorabuena calurosa.

Cintas, adornos, pasamanería... un mundo de novedades encierra "El Correo de París", sedería de la calle del Obispo 105.

Es una maravilla de elegancia esa antiquísima casa, la predilecta de nuestro gran mundo.

Para resfriados, toses y otros desarreglos de la garganta y los pulmones, el pectoral de Cereza del doctor Ayer es el remedio más rápido en sus efectos curativos y el más económico de cuantos se conocen, con la circunstancia de que desde su aparición, hace más de medio siglo, la demanda por el mismo ha ido constantemente en aumento.

La Emulsión Creosotada que prepara el ilustrado farmacéutico don Francisco Rabell, es uno de esos preparados que por sus extraordinarias virtudes medicinales ganan con asombrosa rapidez popularidad y crédito.

El doctor Rabell—distinguido amigo nuestro—con perseverancia que le honra propaga su admirable *Emulsión* por todas partes y á donde quiera que llega se abre paso y la prefieren á cualquiera otra, por su agradable sabor y mágico poder curativo, en las afecciones del pecho, bronquitis, raquitismo. Para los niños, no tiene sustituto la Emulsión de Rabell: la toman como un dulce.

El polvo asfixia á la multitud de habaneros que se ven obligados á transitar por nuestras calles. El polvo y el sudor ensucian el cuerpo y, á las dos horas de haber andado, tenemos que entrar en el electro balneario del doctor Jover, Obispo 75, á darnos una ducha.

El que no lo haga así, sufrirá los horrores de la estación y del mugre.

Los enfermos toman con agrado la "Emulsión de Scott," el estómago la tolera perfectamente y no tiene el sabor repugnante del aceite simple.

Señores Scott y Bownner: Me place manifestar á ustedes que he usado con éxito satisfactorio la "Emulsión de Scott y Bownner" en numerosos enfermos de bronquitis crónica y de tuberculosis incipientes, como también en algunos una notable demacración.

Enfermos de todas clases que rechazan el aceite de hígado de bacalao, toman con agrado la "Emulsión" de ustedes, porque no tiene el sabor ingrato de aquel; porque su estómago lo tolera perfectamente; porque ven más pronto los resultados de su asimilación, traducida en el aumento de peso y en la curación ó alivio de sus dolencias, según los casos, y porque su uso puede hacerse aún durante los mayores calores del estío, sin protestas del tubo digestivo.

Y para satisfacción de ustedes y á los fines que pueda convenirles, expido la presente en Sancti Spiritus, Isla de Cuba, á 13 de Febrero de 1887.

Dr. Bernabé Mencía.

A mis amigos propongo—una notable cuestión:—el secreto del *Jabón*—de los *Príncipes del Congo*.

GRANDES SORPRESAS

¡LLEGO LA HORA! INNUMERABLES GANGAS

ESTE ES EL MOMENTO. NO TE ASOMBRES PUBLICO, QUE POR TI ES Y POR TI SE HACE TODO

"La Gran Señora"

te ofrece sus grandes almacenes completamente llenos de ricas telas de verano á precios que te admirarán.

LA GRAN SEÑORA

agradecida al favor que el público le dispensa, corresponde una vez más dando el tono más alto de la baratura. Céfiros, organdís, olanes, velos de lana, muselinas bordadas, brisas del Cairo, auras del cielo; á MEDIO, ¡TODO Á MEDIO!

Riquísimas Zoraida y finísimas Semíramis con lista de seda, que valen á 4 reales, ¡A REAL!

Ya llegó el gran surtido de olanes garantizados de hilo puro. ¡Á REAL!—¡SEDAS!

La exposición de sedas de LA GRAN SEÑORA produce asombro.—SEDAS á 50 centavos; SEDAS á 6 reales, y SEDAS á... como quiera. Warandoles, creas contanzas, alemaniscos; nadie, absolutamente nadie llega en estos artículos al delirio de la baratura, como

"LA GRAN SEÑORA" GRANDES ALMACENES

OBISPO 83 Y COMPOSTELA 40. Teléfono 949

